



Francesco Petrarca

Antología poética

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sonetos

Bendito sea el año, el punto, el día,
La estación, el lugar, el mes, la hora
Y el país, en el cual su encantadora
Mirada encadenóse al alma mía.

Bendita la dulcísima porfía
De entregarme a ese amor que en mi alma mora,
Y el arco y las saetas, de que ahora
Las llagas siento abiertas todavía.

Benditas las palabras con que canto
El nombre de mi amada; y mi tormento,
Mis ansias, mis suspiros y mi llanto.

Y benditos mis versos y mi arte
Pues la ensalzan y, en fin, mi pensamiento,
Puesto que ella tan sólo lo comparte.

Pasa lleno de olvido mi navío,
Una noche crudísima de invierno
Entre Scilla y Cariddi, y al gobierno
Se halla el señor, bien que enemigo mío.

A cada paso un pensamiento impío
La tormenta parece escarnecer;
De esperanza y deseo va a romper
La vela un viento eterno, húmedo y frío.

Lluvia de llanto, niebla de desdenes,
Relajan los obenques ya cansados,
De error y de ignorancia entrelazados.

El arte y la razón, mis dulces bienes,
Bajo las ondas de la mar han muerto;
Tal que empiezo a temer no hallar puerto.

La gula, el sueño, el ocio intelectual,
Del mundo la virtud han desterrado;
La costumbre ya ha casi desviado.
Nuestro ser, de su curso natural.

Tan opaca del ciclo está el cristal
Porque se rige nuestro humano estado
Que como algo admirable es mencionado
Que Elicona nos brinde un manantial.

¿Qué ansia existe de mirto o de laurel?
Pobre y desnuda vas, Filosofía,
Dice la turba que el provecho pesa;

Pocos te seguirán por esa vía.
Por eso aún mas suplico a tu alma fiel
Que no abandone tan augusta empresa.

¡Ay mirada suave! ¡Ay faz de nardo!
¡Ay porte gentilísimo y austero!
¡Ay dulce hablar, que al necio y altanero
Tornaba humilde y al vulgar, gallardo!

¡Ay sonrisa, de donde surgió el dardo
Del cual la muerte como alivio espero!
¡Ay alma que rindiera al mundo entero
Si su llegar no hubiese sido tardo!

¿Por qué no arder en vos, pues que me amasteis?
Vuestro fui, y al estar tan apartado
Desventura harto grande es la que siento.

De esperanza y deseo me llenasteis;
Me dejasteis dichoso y reanimado...
Mas ya ha volado todo en pos del viento.

Puesto que vos y yo ya hemos probado
Cómo nuestro esperar falaz se hace,
Hacia aquel sumo bien que tanto os place
Alzad el corazón extraviado.

Esa vida terrena es como un prado,
Do la serpiente entre las flores yace,
Que si al pronto su aspecto nos complace,
Luego cansa al espíritu engañado.

Así, pues, si queréis tener la mente
Tranquila, no sigáis nunca a los más;
Seguid siempre a la excelsa escasa gente.

Bien me podréis decir: “Hermano, vas
Mostrándome el sendero de una fuente,
Por el cual te perdiste y aún lo estás.

Si ella ve cual me hiere y se sonrío;
Si con dulces astucias me divierte;
Si el amor sobre mí la hace tan fuerte
Que logra que mi mal busque y ansío,

No es extraño, ¡ay de mí!, que desconfíe
Pues por mi culpa o por malvada suerte,
Sus ojos dan merced envuelta en muerte,
Y cuando más me mata, más se engríe.

Si tiempo y llevo el corazón helado,
Ve entonces cambiada su hermosura
Que triste pruebas el amor me ha dado.

Constancia femenina, ¡ay, qué insegura!
Bien sé, bien sé que un amoroso estado
En pecho de mujer poco perdura.

Canción

Fresca agua transparente
Donde posara un día
Su alabastro la bella entre las bellas;
Ramo del que le plugo
(Suspirando recuérdelo)
Ser la firme y espléndida columna;
Hierba y flor que la linda
Basquiña recubrieran
Sobre el divino seno;
Aire sacro, sereno,
Do amor con la mirada el pecho hirióme;
Prestad todos oído
A mi breve discurso dolorido.

Pues mi destino quiere,
Y el cielo lo tolera,
Que amor cierre estos ojos lagrimando,
Una gracia el mezquino
Cuerpo en vosotros logre
Y el torne el alma al propio albergue nuda.
La muerte menos triste
Será, habiendo esperanza,
Para el dudoso paso,
Que el espíritu laso
No pudiera encontrar un mejor puerto,
Ni en más dulce morada
Abandonar la carne atormentada.

Y acaso vendrá tiempo
En el que a aquel paraje
Vuelva otra vez la fiera, bella y mansa,
Y hacia el lugar hirióme
Aquel bendito día
Torne los ojos vivos y anhelantes

Buscándome piadosa,
Y al solamente polvo
Mirar, Amor te inspire,
De suerte que suspire
Tan dulcemente que merced me impetre
Y haga presión al cielo,
Y sus ojos enjague el lindo velo.

De las ramas caía
-¡Cuán dulce este recuerdo!-
Una lluvia de flores a su falda.
Reposaba tranquila
-Humilde en tanta gloria-
Y el grato torbellino la envolvía;
Tal flor al pie caía,
Tan en sus trenzas blondas,
-Que hasta el oro y las perlas
Surgieron para verlas-
Tal la tierra besaba, tal las ondas,
Tal, con un vago error,
Decir quería: “ Aquí reina el amor”.

Cuántas veces me dije
Lleno de un grado espanto:
“¡Ha nacido en el mismo Paraíso!”
Y así, en completo éxtasis,
Su seráfico porte,
Su rostro, su palabra y su sonrisa
Lleváronme tan lejos
De la real imagen,
Que dije suspirando:
“¿Cómo aquí vine o cuándo?”
Creyendo que era el ciclo en donde estaba.
Tanto en él me placía,
Que paz en otro sitio no tenía.

Si llegara su encanto do el deseo,
Podrías audazmente
Surgir del bosque e ir hacia la gente.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

